

“La familia como principal fuente de los buenos tratos infantiles y la promoción de la resiliencia, garantías para asegurar el desarrollo sano de hijos e hijas mentalmente sanos, felices, respetuosos y solidarios”

Maryorie Dantagnan

En los últimos años ha quedado en evidencia que la calidad y la cantidad de los cuidados que se proporcionan a las niñas y niños, antes de los tres años de vida, son fundamentales para asegurar la maduración del desarrollo del cerebro y del sistema nervioso central. Esto, a su vez, es lo que permite que las niñas y los niños puedan desarrollar todas sus potencialidades: motoras, afectivas cognitivas y relacionales para tener una infancia sana, una adolescencia sin problemas y una vida adulta productiva y altruista. En otras palabras, no existen niños buenos o malos, sino niños que han tenido la oportunidad de nacer o no en una familia cuyas madres y padres a su vez, han tenido la oportunidad de aprender a ser padres y madres con capacidades para responder a las necesidades de sus hijos a ejercer como figuras de apego y tener la empatía necesaria para comprender las vivencias de sus hijos e hijas y responder en consecuencia. Por otra parte, múltiples investigaciones realizadas por científicos de disciplinas tan variadas, pero complementarias, como la neurociencia, la psicología, la sociología, nos permite afirmar con toda seguridad que los niños que crecen en un ambiente familiar, escolar y social que no les proporcionan los cuidados y los buenos tratos suficientes a los que tienen derechos, manifestarán tarde o temprano su sufrimiento manifestados en diferentes tipos de trastornos: retrasos en el crecimiento y desarrollo psicomotor, dificultades de aprendizaje, trastornos psico-afectivos y conductuales, comportamientos antisociales etc. Hoy en día existen suficientes datos científicos para afirmar que el funcionamiento de la mente humana depende de la organización y funcionamiento del cerebro. A su vez, su buen o mal funcionamiento, y por ende, el de la mente, depende en gran parte de la calidad de las relaciones interpersonales que las madres y los padres u otros cuidadores, fueron capaces de ofrecer a los niños y niñas, sobre todo durante su gestación y los tres primeros años de vida. En otras palabras, la mente infantil y luego la adulta emerge de esta actividad cerebral, cuya estructura y

función están directamente modeladas por las experiencias interpersonales, particularmente, al principio de la vida.

Por lo tanto un niño o niña mentalmente sano, nace como un proyecto que se concretiza poco a poco, siempre que el entorno humano en el que le ha tocado nacer pueda asegurarle, ya desde sus gestación en el útero materno, los cuidados, la estimulación, la protección y la educación, es decir, los buenos tratos indispensables para asegurar su desarrollo. De este entorno humano, la madre y el padre serán las figuras centrales siempre y cuando hayan conocido contextos sociales y familiares favorables y hayan podido desarrollar en sus propios procesos históricos los recursos personales y las competencias para ejercer la función parental.

No obstante, los buenos tratos a los hijos no sólo corresponden a lo que las madres y padres son capaces de ofrecer, éstos resultan también de los recursos económicos y los servicios que una sociedad pone a disposición de las familias. Los niños necesitan ser cuidados, estimulados, educados, socializados y protegidos por lo menos por un adulto competente, de preferencia su madre o padre biológico, pero cada sociedad debería a través del Estado, garantizar la satisfacción de sus necesidades y el respeto de sus derechos. Además, debería desarrollar políticas públicas adecuadas para apoyar y favorecer el desarrollo de competencias parentales en todos los futuros padres. El bienestar infantil, por lo tanto, los buenos tratos a los hijos e hijas deberían ser una tarea prioritaria de los padres y madres, pero también una responsabilidad fundamental del conjunto de la sociedad.

Lamentablemente, el modelo económico que impera en nuestra sociedad, no favorece ni augura buenos tiempos para las familias y menos para los niños y niñas, sobre todo las más desfavorecidas. En este sentido, es todo un desafío en estos tiempos sostener que los niños y niñas, requieren no sólo calidad de tiempo invertido en ellos, sino también **cantidad y disponibilidad**, precisamente lo que incluso, padres y madres muy competentes muchas veces no pueden ofrecer, por la exigencia de este modelo. Por tanto, los buenos tratos y todo lo que las madres y los padres, así como los adultos solidarios y comprometidos con el bienestar infantil, podemos hacer para promover la resiliencia infantil, es una forma de resistir activamente al dominio del dinero y el poder.

